

ERNESTO SABATO:  
LA HUMILDE ESPERANZA DE OTRO MAÑANA

POR

HUGO MUJICA

Nuestro tiempo es el de la desesperación y la angustia, pero sólo así puede iniciarse una nueva y auténtica esperanza  
Ernesto Sábato

No voy a hablar *sobre* Ernesto Sábato, trataré de hablar *desde* él, quizás porque eso sea la prueba y el testimonio de un gran creador, un escritor que no nos lleva a repetirlo sino a seguir pensando y creando desde lo que él creó.

En *El escritorio y sus fantasmas*, Sábato nos habla de “una absurda metafísica de la esperanza”, y en otras páginas, en *El túnel*, escuchamos la esperanza de Juan Pablo Castel “la débil esperanza” de que alguien “aunque sea una sola” persona comprenda su confesión. Es de esta “absurda metafísica de la esperanza” de esta “débil esperanza”, de la que trataré de hablar.

Me ceñiré, para hacerlo, a las páginas finales de *Sobre héroes y tumbas*, las páginas donde, después de un descenso a los infiernos, al infierno que habitamos, se enciende un alba, comienza un nuevo “mañana”, humilde, tan humilde como “cuando al remover las cenizas de un gran fuego extinguido se descubre el resto de una brasa que nos da un último y modesto calorcito”. En esta búsqueda, me centro en la conmovedora figura de Martín del Castillo, en ese adolescente que adolece casi de todo, y por ende puede abrirse a todo lo que no encuentra en él, que podrá abrirse, abrirse con el único conocimiento que no se busca a sí mismo, abrirse, desconociéndolo, a “un Dios desconocido”.

I

La historia de Martín y Alejandra la conocemos, es la de dos jóvenes que se conocen, que se enamoran, que fracasan en esa incipiente y tormentosa relación. Es una historia de amor, de un amor personal entre dos adolescentes, tan personal, tan profundamente personal que se transforma en universal, en arquetípica, una historia actual y, de tan actual, atemporal. Es un amor que, como tantos otros, se quiebra, un amor demasiado joven, dos jóvenes que se necesitan porque cada uno necesita la fuerza del otro, cada uno busca apoyarse

en el otro, necesitan la fuerza que ninguno de ellos tiene. Martín sabrá, después, mucho después, después de mucho sufrir, que los hombres se comunican en la debilidad y no en la fuerza, que es poniendo frente a frente el hueco de cada vida que las vidas se transparentan, que la transparencia es el color del amor; que es la debilidad de la piel y no la dureza de los huesos la que logra reunir los cuerpos.

Detrás de ellos, universalizando la anécdota, haciéndola existencia, historia, testimonio y metafísica, se deshilacha el friso de una sociedad, enmudece la comunicación, se hace presencia la soledad y la angustia: Sábato escribe la angustia de la soledad. Detrás de ellos, y dentro, late toda una cultura, una cultura de "hombres y engranajes", de hombres reducidos a engranajes.

Atrás está el pasado, las sombras. Atrás y adentro, el dolor, el dolor que pone a Martín ante el único "problema filosófico verdaderamente serio", como nos diría Camus, ante la opción decisiva sobre la existencia: el suicidio. La pregunta no sobre cómo o para qué vivir, sino sobre no vivir, vivir o seguir sufriendo o concentrar el dolor en un gesto definitivo, en el gesto final.

Atrás quedan dos sendas, dos hipostaciones de ellas: Alejandra y Fernando, el parricidio de una hija, la locura de su padre, el suicidio de esa hija .... El suicidio o la locura, la locura del suicidio.

Alejandra encarna a la vida misma, su manifestación más tenebrosa: su contradicción. Una Alejandra, una vida llena de "abismos oscuros", de oposiciones y contradicciones: es el bien y el mal, es el combate, es "el dragón y la princesa", la princesa que sucumbe al dragón, al dragón de cuya boca saldrán las llamaradas con que Alejandra reducirá todo a cenizas blancas, a lo único blanco de su vida, o de su muerte, a la desesperada búsqueda de una purificación, la purificación cifrada en la fecha del suicidio: la noche de San Juan, el día en que se enciende la fogata expiatoria, la que debe quemar todos los males, todos los pecados, sobre cuyas brasas postreras un joven debe cruzar, debe renacer más allá de todo mal.

Fernando Vidal Olmos es el mal y la locura, la locura del mal. Fernando encarna el aspecto demoníaco de la humanidad, todo lo horrible de él espeja y refleja lo horrible que también, como el bien, pulsa en la condición del hombre. Fernando busca, y se encuentra, en las redes cloacales de Buenos Aires; cerrado en sí sólo encuentra el horror, desciende a los laberintos del inconsciente, lo *arcaico* en la condición humana; pero desde el orden de lo *arcaico* no se abre al orden del espíritu: lo *abierto*, el tesoro custodiado siempre por áspides y dragones, la noche que precede al amanecer, para quien la cruza, para quien no dialoga con el mal, para quien no queda atrapado, fascinado y encarcelado en él.

Fernando reduce el universo a una serie de leyes exactas, un mundo dominado por una secta de ciegos, una secta tan ciega como su "lógica", la lógica o la locura que se erige sobre dos pilares: "esperar y observar", eco o espejo de la metodología científica, exacta para los objetos, absurda para lo humano: el absurdo que cosifica lo humano.

Son la imagen de una clase social, una clase que se hunde de tanta fijeza,

una clase cerrada: es el fin de una historia, la historia que se cierra: incesto.

Una memoria sin presente; dentro de la casa se conserva el pasado, nada es nuevo, todo cae, es el tiempo del reloj de arena: pasa cayendo. Adentro está el abuelo, repitiendo siempre lo mismo, haciendo de cada día la copia carbónica del anterior, igual, apenas un poco más borroso, apenas un poco más muerto. Está Bebe, el músico loco, el que podría hacer de la locura creación, pero también él está preso, es un loco sin profecías, un ángel que toca la trompeta pero no para traer un anuncio de lo alto, sino para repetir siempre las mismas y monótonas notas como una clase que repite eternamente los mismos gestos, eternamente pero sin eternidad.

Esos caminos —la locura o el suicidio— no le sirven a Martín, ellos mismos se lo dijeron, reduciéndose a cenizas, simbolizándose en el incesto entre Alejandra y Fernando, en esa imagen del amor que no se abre al otro, que se repite en el otro, mismidad sin alteridad donde lo otro es lo igual.

Atrás quedan cenizas, también polvareda, la historia de Lavalle, contrapunto y bajo continuo, pasado del presente, de un presente que espeja ese pasado: un héroe que “murió en la miseria y el desconcierto”, un “general niño” convertido en “el general podrido”; queda la historia perdiéndose en el exilio y la polvareda, “polvo en el polvo”, memoria en el pasado, “destino de derrotados”.

## II

Alejandra, Alejandra ya muerta, de quien ahora, en el cuarto de un hotelucho Martín mira su foto, se diluye, o, más que diluirse se muestra en otra dimensión, se revela como “un falso oasis que prolongan la desesperada travesía en un desierto”, y ahora, sin oasis el desierto de la existencia muestra su verdadera dimensión, ser un desierto sin siquiera oasis, arena de nadie que a nadie retiene, tierra de paso, no de siembra.

Historia, planos, perspectivas de un mismo mundo, de un solo caos, “ese caos, esa lucha entre los hombres”, el exterior y el interior, anverso y reverso de un mundo sin sentido. “Dios ha muerto”, anunciaba Nietzsche por boca de un loco, lo anunciaba para anunciar su inevitable conclusión: “el desierto avanza, hay de aquellos que albergan desiertos en su interior ...”

Sombras, la propia sombra y la del mundo, o del infierno, que acaba de atravesar, ceniza y polvareda, atrás nada, adelante quizás algo, quizás lo único que queda cuando todo cae: la posibilidad de un sentido que pueda significar el absurdo de vivir: la fe en su día a día existencial, en sus días y sus noches, en el coraje de soportar la duda: la fe existencial.

“¿Dónde estaba Dios cuando te fuiste?” No es un tratado filosófico, no es el razonamiento alambicado de un teólogo que lo busca demostrar y encerrar en los límites de la razón, en la razón de los límites de un Dios racional, es la letra de un tango: es la vida, aquí y ahora, nuestra. Es la pregunta de quien no quiere que le demuestren a Dios, sino de quien quiere que se lo muestren: la pregunta

de nuestro siglo.

Apenas ahora Martín puede encarar la verdadera pregunta, el verdadero vacío, ahora que los oasis han revelado, también ellos, ser mera ilusión, espera y no esperanza, sed que promete saciar la sed.

¿Dónde estaba Dios cuando su madre trataba de matarlo antes de que conociera la luz? No hubo paraíso para él, ni siquiera para perderlo, ni siquiera para recordarlo.

¿Dónde estaba Dios cuando un camión aplastó a su perro, a su “Bonito”?

Es la pregunta por el dolor, la pregunta *del* dolor, la esencial, el eco de la pregunta de Job, la de Camus ... la pregunta por el sufrimiento del inocente, aquí, en Sábato, llevada a paroxismo de la inocencia, a la muerte de “un pobre e insignificante ser en el mundo”, la de apenas un perrito, un animal sin elección de bien o mal, incapaz de toda culpa, inocente de toda sospecha, tan inocente que puede poner a prueba la imagen de un Dios que los teólogos razonadores identifican con el “*sumo bonum*”, aunque para hacerlo entrar en ese esquema tengan que amputarle los brazos sangrantes que su propio hijo, que él mismo en él, extendió en la cruz.

Si el universo tenía alguna razón de ser, si la vida humana tenía algún sentido, si Dios existía, en fin, que se presentase allí, en su propio cuarto, en aquel sucio cuarto de hospedaje. ¿Por qué no? ¿Por qué había de negarse a ese desafío? Sí, existía. Él era el fuerte, el poderoso ... Y si no se presentaba, se mataría.

Martín, después de esa reflexión, de ese desafío sagrado, de esa “apuesta”, diría Pascal, sale a la calle ... como en el *opus nigrum* alquímico, en el instante en que la materia se diluye y, como en el más clásico tratado de mística, la imagen que nos pinta Sábato describe lo que la tradición espiritual pone como paso último del esfuerzo humano, la pérdida de la propia fuerza, no para replegarse y complacerse sobre la propia impotencia, la resignación, sino para abrirse: el abandono. La apertura y la entrega a una fuerza que no es la de la propia voluntad, la del propio poder: “cuando de pronto se encontró en la calle, caminando al azar, como un naufrago que, perdidas todas sus fuerzas, echado en el fondo de su bote, deja que su bote sea arrastrado por la tempestad y los vientos huracanados”. Y en esa disolución, no ya de las cosas sino de las propias fuerzas, como cuando nos sacamos el mundo de nuestros hombros y descubrimos que nunca se había apoyado sobre ellos, Martín vislumbra una “luz”, una “luna”, un “llamado”, un algo que lo atrae, y Martín avanza, avanza, nos aclara el texto, como apoyado en una muleta, en la muleta del recuerdo de un niño que evocó antes, un niño que escapa del bombardeo de Barcelona apoyado en una muleta. Otro inocente que cachetea a Dios, otro dolor que ahora Martín hace suyo, y en ese dolor entra en el dolor de toda inocencia, y en ese dolor, lo veremos, entra en “un Dios desconocido”: “gritó y se incorporó violentamente en la cama”.

## III

Martín abre los ojos a otro mundo, o al mismo mundo transfigurado por la compasión, se los abre una caricia, el milagro de una caricia, del gesto de la ternura y el acercamiento, también el gesto que no busca retener, el que aprendió la despedida, el gesto que ayuda y arropa para seguir adelante, la caricia de una mujer simple junto a un simple niño, la caricia de una mujer, la de una madre, la de su abuela, antes “infinitos años atrás”, mujer, madre, abuela, patria, tierra ... y quizás y tal vez, la de María junto al Dios niño, junto a la debilidad de Dios, quizás la de esa Virgen cuya estatua no ardió en los incendios del 55 porque Martín ayudó a salvarla, porque Martín cargó con esa estatua sin saber bien porqué, o simplemente “sin porqué”, como dice Eckhart que son las cosas de Dios.

Martín despierta a otro mundo, un mundo casi tan caricaturesco como enternecedoramente simple, insoportablemente simple: Gardel, Evita, un Primus ... y también, sobre un cajón que oficia de cuna del niño, una imagen, la imagen de Cristo con el pecho abierto mostrando el corazón. La imagen de ese Dios que debía responder al sufrimiento del inocente y que apenas vino a la tierra a hacer la misma pregunta que cualquier hombre haría, la pregunta de todo inocente: “¡Elí, Elí! ¿lemá sabactini? ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?” El que debió responder se pregunta, el que pregunta desde el dolor se responde: el dolor no es misterio, es revelación.

Quizás, tal vez, sea esa la revelación que recibe Martín, o un nimio atisbo de ella: que Dios está allí, allí, en el sufrimiento mismo de un inocente; que Cristo no vino a quitar el dolor sino a hacer del dolor un sentido, ese sentido que ahora encuentra Martín: la solidaridad de los débiles, el triunfo imperceptible de los que lo han perdido todo.

Martín no vuelve a pensar en Dios, pero comienza a vivir la respuesta de Dios: la vida tiene un sentido, un sentido pobre, humilde, cotidiano ... pero suficiente ... “¡Es tan lindo vivir!” El sentido de vivir esa vida sencilla como la de Hortensia Paz, dura, no idílica, “En un cuchitril infecto”; una vida donde el gato sigue comiéndose al canario, pero también lleno de pequeños absolutos: la música, el nene, una vitrola ... esos fragmentos que uno besa y los hace un todo. Una vida donde una mano, una mano callosa, ahora acaricia la frente de Martín, y Martín descubre lo que una vez, en ese cada vez eterno del dolor, había vislumbrado Celedonio Olmos cuando, “entre las ruinas”, descubrió “algo por lo que todavía vale la pena sufrir y morir, aquella comunión entre hombres, aquel pacto entre derrotados. Una sola torre, sí, pero refulgente e indestructible”. La misma torre humana, la indestructible y absoluta comunión de la que le había hablado Bruno y que ahora recuerda Martín: “La guerra podía ser absurda o equivocada, pero el pelotón al que uno pertenecía era algo absoluto”. Y “estaba D’Arcangelo, por ejemplo, estaba Hortensia. Un perro, basta”. Se dice para sí Martín para decirle su “amén” a la vida.

Dios le contestó, como le contestó a los hombres en Cristo, renunciando al

poder, porque renunciar al poder es la forma divina de anunciar su compasión, le contestó haciéndose hombre entre los hombres, “despojándose —como dice san Pablo— de su divinidad”. Martín ya no mira hacia arriba como pudo haber mirado para desafiar a Dios, para esperar un trueno, un milagro ... alguna manifestación del *poder* de Dios. Ahora mira hacia abajo, hacia los hombres frágiles como él, ahora mira, sin saberlo, hacia donde mira Dios.

#### IV

Martín regala a Hortensia su único tesoro: un anillo. Círculo, principio y fin, danza y rueda de la vida, eterno retorno, retorno de lo eterno ... Lavallo muere, “polvo en el polvo”, muere en un mundo donde ya nada es nítido como alguna vez había sido: “libertad o muerte”, muere en una historia donde “todo es un caos”, Lavallo muere, vuelve a la tierra, “al color inmortal de la tierra, el color del destino último de los hombres”, pero no muere de fracaso, muere soñando: muere de esperanza. Sueña y sus hombres escoltan y custodian su sueño, y “el último sueño del general niño” les basta para seguir adelante, a pesar de la derrota o, quizás, precisamente, y gracias a ella.

El ciclo épico calla, Lavallo muere, Martín renace, la esperanza no cesa; de haberse interrumpido, aún tan sólo por un instante, a través de ese instante se hubiese hundido el mundo. La esperanza es eterna, es esperanza de no morir, esperanza de ser eternamente acariciado por una mano que no conozca la despedida.

Martín, también Martín seguirá adelante, partirá hacia la búsqueda del paraíso recobrado, conquistado con el sufrimiento, aceptado con la debilidad. Irá al Sur, al lugar geográfico de las palabras que nombran al deseo de otra vida: “frío, limpieza, nieve, soledad, Patagonia”. Martín parte, nada hay de grandeza, de heroísmo clásico en su marcha, marcha con un camionero, con él, junto a él, orina bajo un cielo estrellado, y, “mientras orinaban juntos —Martín— sintió que una paz purísima entraba por primera vez en su alma atormentada”.

#### V

Y está la otra esperanza, “la humilde esperanza” de quien nos narra esta historia, la esperanza del escritor, un escritor, Bruno, Sábado ... tantos, la esperanza que nace de lo que no somos, de lo que no tenemos, de lo que sentimos que debiéramos ser, que nosotros y otros deberían tener. La esperanza, humilde y tácita, que describe Bruno, exilado en la tierra, o preso en esa cárcel hacia afuera, en la marginación donde la sociedad encierra a sus testigos adversos, a los que sueñan sus pesadillas, a quienes le muestra lo que no quiere ver: lo que la sociedad es.

Me sentía solo o desajustado con el mundo en que me había tocado nacer. Y

pienso si no será siempre así, que el arte de nuestro tiempo, ese arte tenso y desgarrado, nazca invariablemente de nuestro desajuste, de nuestra ansiedad y nuestro descontento.

Así se expresa Bruno, así plasma su estética Sábato, su estética del desgarrar, su esperanza, cuando del desgarrar mana la creación, como la esperanza de Lavalle, la esperanza que de su cuerpo enterrado nazca "una florcita de campo". La esperanzada creación de otro mundo, otro mundo que nace del dolor de este mundo cuando, como quien nos habla, no soslaya ese dolor ambiguo y contradictorio, no lo narra como quien simplemente toma nota, cubre la nota, sino que hace suyo ese desgarrar y esa contradicción, para padecerlo pero también para darle su voz, para agregarle su "humilde esperanza".

También está la otra fe, la fe en un sentido, o, sin eufemismos, la fe en que haya un Dios, ese "Dios desconocido" que se le manifiesta a Martín, que antes o durante Sábato tuvo que conocer, o desear, o soportar la duda, pero que ciertamente tuvo que crear para crear esperanza en Martín, para que pueda vivir y no sucumbir. Sábato nos habla, atestigua, un Dios desconocido pero no ausente, desconocido de tan parecido a los hombres, de tan transido de dolor, de tan presente en lo inaparente, de tanto estar allí, en el fracaso y el dolor, allí, en la cruz de la condición humana, donde antes que Cristo, el Dios encarnado, ningún Dios había elegido estar.

Sábato se pregunta, sin alambiques teológicos, no la pregunta sobre el *qué* sino el *dónde* de Dios, por eso no lo explicita, lo muestra es esos atisbos de sentido, que nos dicen que sólo el amor puede curar al desesperado, al abandonado, al solitario, que sólo el amor puede curar la enfermedad de vivir. Responde mostrando otra vida, aquí, entre nosotros: cómo vivió Dios, cómo sigue viviendo donde se vive el amor pobre, la solidaridad, la compasión, esa solidaridad que da sin siquiera acumular méritos para pagar a Dios en algún juicio final. No explicita, además, porque sabe que un misterio no se revela explicándolo sino custodiándolo como misterio; que tanto el hombre como Dios no piden ser explicados sino respetados como misterios.

## VI

Oteando el horizonte, mientras se abrochaba, Bucich agregó: —Bueno, a dormir, pibe. A las cinco le metemos. Mañana atravesaremos el Colorado.

Así termina, al borde del murmullo de una frontera. Cara al horizonte, Martín cruzará el Colorado, como ese joven que debe cruzar las brasas de la fogata de la noche de San Juan, del otro lado del mal, seguido por su sombra, sí, pero sin ser arrastrado por ella.

Termina donde comienza el acto más humilde y concreto de la esperanza: avanzar, aunque no se sepa bien hacia dónde, aunque apenas sea hacia un nuevo día. Casi la última palabra que nos deja Sábato en esta historia es

“mañana”, mañana “a las cinco”, al amanecer, cuando la luz nace, cuando se enciende esa pequeña resurrección de cada noche, esa humilde esperanza de toda vida.